

[Otras ediciones: *II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos. Antequera, Málaga, 24-26 de mayo de 1984*, Málaga 1987, vol. 2, 275-289 (también en J.M.^a Blázquez, *Fenicios, Griegos y Cartagineses en Occidente*, Madrid 1992, 422-430)]. Versión digital por cortesía de los autores, como parte de la *Obra Completa* del Prof. Blázquez corregida y editada de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.

© Texto, José María Blázquez Martínez – M.^a Paz García-Gelabert

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Influencia griega en Cástulo (Linares, Jaén). La necrópolis de 'El Estacar de Robarinas'

José María Blázquez Martínez – M.^a Paz García-Gelabert

[-275→]

La ciudad de Cástulo estuvo enclavada en una de las regiones mineras más ricas de la Hispania antigua y precisamente por ello, llegó a convertirse durante los siglos V y IV a.C. en quizá el más próspero y principal asentamiento oretano que "junto con Oria (Orissia) eran las ciudades más importantes del gran conjunto étnico de los oretanos" (Estr. III, 3, 2).

En el transcurso del período aludido debió producirse un considerable aumento del nivel de vida de la población, estimulado por un activo comercio del metal, que conllevó un importante crecimiento demográfico. Ambos los vemos reflejados en las necrópolis coetáneas, paradójicamente uno de los mejores registros para pulsar la vida de las antiguas poblaciones que no dejaron documentos escritos.

De esta manera observamos que en el siglo V y aún más en el IV a.C. proliferan las necrópolis en los alrededores de Cástulo. En las colinas y llanuras vecinas, en el borde de los caminos que conducen a la ciudad, entre encinas y quejigos, antigua cubierta vegetal climax, hoy totalmente degradada, se alzaron ámbitos sepulcrales y monumentos funerarios, éstos a veces aislados, de considerable envergadura y magnificencia, exponente del status social de un no determinado personaje, como es el caso del túmulo de "Los Higuerones", al NE. del recinto amurallado.

Un conjunto importante de necrópolis se encuentra ubicado en la zona Oeste, separado de la población por la vaguada del arroyo de San Ambrosio. Lo componen las necrópolis de "El Estacar de Robarinas"; al Norte de ella se halla la de "Los Patos"; y entre el Estacar y los restos de un antiguo molino, el de Caldonga, apareció otra, que se denominó "Molino de Caldonga" (Fig. 1).

La más importante y amplia debió ser la de Robarinas. Las excavaciones llevadas a cabo durante las campañas de 1973 y 1976, cuyos resultados han sido publicados en el volumen II del Corpus de Cástulo, y las realizadas en 1982 **[-275→276-]** y 1983, han proporcionado un número no desdeñable de enterramientos, a veces acompañados de espléndido ajuar. Calcularnos que únicamente se han exhumado una tercera parte del total.

En 1982 y 1983 se abrieron, una vez cuadrículado el terreno, 16 cuadros de 3 x 3 m. cada uno, separados por testigos de 1 m. para facilitar el movimiento de personal y acarreo de tierra.

El proceso de los datos recuperados en estas campañas se halla aún en sus primeras fases de desarrollo, por ello, ahora sólo podemos ofrecer una visión global que por fuerza ha de ser superficial y susceptible de alteración cuando las investigaciones previstas alcancen la cota propuesta.

La necrópolis de "El Estacar de Robarinas" está enclavada sobre la primera terraza cuaternaria del río Guadalimar, limitada por la curva de nivel de 200 m., y a una altura de 20 m. sobre el nivel del río, en una zona amesetada que se eleva hacia el Norte hasta 300 m. Se encuentra muy deteriorada por lo que a los materiales, componentes de las ofrendas, se refiere. Los metálicos, que debieron suponer un alto porcentaje en los ajuares, han desaparecido en su mayoría, por ser objetos siempre apetecibles a la rapiña de los saqueadores, que quizá ya contemporáneos de los enterramientos y a través de los siglos, han venido ejerciendo su oficio con eficacia. Únicamente han sido preservados los de aquellas tumbas que pasaron desapercibidas a causa de encontrarse cercanas a otras más importantes. En cuanto al material cerámico hay que tener en cuenta que la mayor parte de los enterramientos se realizaron prácticamente sobre la argamasa natural de base que aflora a una profundidad media de 0,70 m.; así pues, la escasa potencia y sucesivas decapitaciones del terreno, posibilitaron su proceso de extrema fragmentación.

No obstante, con el estudio del campo y los numerosos restos recuperados nos será factible la reconstrucción ideal, si no total sí parcial en alto grado, de la organización, forma y tipos de enterramientos existentes, así como determinados rituales que aquellos conllevaban. En cuanto a éstos, algunos de los datos recogidos escapan a cualquier género de interpretación fiable, por lo menos ahora en que la investigación se halla en estado embrionario. Confiamos más adelante poder precisar, con la aproximación debida, los diferentes rituales funerarios que el pueblo oretano ejecutaba en honor de sus muertos, así como la actitud social del mismo hacia la muerte.

La cremación fue el modelo seguido en Robarinas. Parece ser que los cadáveres eran incinerados en *ustrina* –uno se delimitó en la extensión descubierta (ampliación Este de la cuadrícula A1)–. Efectuada aquella el material resultante era sometido en algunos de los casos a determinadas manipulaciones, entre las que podemos señalar con seguridad la [-276→277-] separación de las cenizas de los huesos calcinados, el posterior lavado de los mismos y su introducción en una urna, quizá con algún producto perecedero del que no quedan indicios. En tres ocasiones conocimos este tipo de enterramiento, ninguno saqueado. En uno, la urna cineraria fue colocada en un pequeño receptáculo cuadrangular, formado por losas, en los otros dos, la urna simplemente se calzó y rodeó con piedra mediana, trabada con barro, para evitar su movimiento y ser preservada de la acción de agentes externos. Las tres urnas son globulares de labio vuelto y tamaño regular, como decoración ostentan temas de líneas y bandas en color bermellón, pintura que se separa fácilmente del soporte. Estaban tapadas con pequeños cuencos de perfil curvo y pie realzado, decorada toda la superficie con pigmento rojo brillante. Advertimos que no acompañaba a los huesos ningún tipo de ofrenda, por lo menos deleznable.

Por su parte, las cenizas separadas de los restos óseos pudieron arrojarse a un pozo practicado para tal fin. En la necrópolis hallamos uno excavado en la roca, de 0,40 m. de profundidad y 0,60 m. de ancho. La base se recubría con arcilla apisonada y lajas. Contenía una ingente cantidad de cenizas y carbón, muy sueltos, que no fueron

producidos en tal lugar. Como sobre esto se encontraba una capa de piedras y tierra inferimos que una vez colmatado se selló con las mismas.

Otras veces las cenizas se disponían en un recinto cuadrangular o rectangular circundado por un encachado de piedra unida con mortero.

Parece que no en todas las ocasiones se ejecutaban las manipulaciones aludidas, puesto que constatamos la existencia de enterramientos en los que se depositaba en tierra, previa la excavación de una cavidad, el resultado total de la cremación. En ellos la tipología es más variada, así como el ajuar que los acompaña. Existen cistas formadas con lajas verticales, hincadas en el suelo –antes se confeccionó una pequeña zanja–, que se refuerzan con pesadas piedras. Las cistas se tapaban con una gran losa. También hay tumbas circulares o cuadrangulares, rodeadas por una o dos hiladas de piedra mediana no desbastada, entre la que no falta nunca la pizarra, pero siempre en pequeña proporción (Fig. 2). Esta roca metamórfica no se encuentra en los alrededores por lo que hubo que traerla de fuera, de manera que es fácil imaginar que esta inversión de trabajo se hizo como consecuencia de alguna connotación cultural o simbólica. Apoya tal hipótesis el que en la campaña de 1976 fue descubierta una placa de pizarra entre un amontonamiento de piedras, presumiblemente una tumba derruida, grabada por ambas caras, cuya decoración principal representa un hombre a caballo. La vestimenta del jinete, los arreos del animal y la actitud de ambos se halla plasmada en vasos griegos. No cabe dudar que [-277→278-] su artífice, un nativo, copió directamente un diseño pintado en uno de los muchos recipientes áticos que estarían a su vista ¹.

Aunque no es usual, sí hemos de destacar la reutilización de fragmentos escultóricos en estos muros de cerramiento de áreas sepulcrales, hecho que ya fue reflejado en la campaña de 1973 ². En este sentido podemos mencionar la crin de un caballo encontrada en 1983, que presenta una magnífica talla en la que se combinan la influencia semita y griega; es posible, aunque de momento no pasa de simple hipótesis, que fuera ejecutada por un escultor griego. Actualmente está siendo objeto de minucioso estudio.

Por último, el espacio exterior a los enterramientos puede estar delimitado por una banda o cenefa compuesta por hileras de guijarros regulares de pequeño tamaño, de color generalmente blanco y negro azulado, alternando ambos colores, que forma un cuadrado. Esta variedad lleva asociada otra cenefa en ángulo, con el vértice adyacente a uno de los lados de la primera (Fig. 3). Los restos se depositarían antes de la confección del receptáculo y, en ocasiones se aprecia claramente la mancha de ceniza conteniendo huesos calcinados, justo debajo de la cenefa. Se resguardaba el interior con un revestimiento de piedra, de la cual las de los bordes suelen consistir en sillares tallados en arenisca que se disgrega muy fácilmente, y el resto cantos sin desbastar. El alzado sería de sobre 0,50 m. cálculo basado en que hemos encontrado un monumento de este tipo cuyo recubrimiento aún conservaba tres hiladas y en los alrededores se observaba un amontonamiento de piedra, producto de derrumbe del resto de la cubierta; con el volumen del derrumbe podría alcanzarse la altura propuesta. Estas construcciones a veces están totalmente vacías, por lo que cabe deducir que tuvieran sencillamente un carácter cenotáfico.

¹ J.M. Blázquez, J. Remesal, "La necrópolis del Estacar de Robarinas", en *Cástulo II*, de J.M. Blázquez, *Excavaciones Arqueológicas en España* 105 (Madrid, 1979), p. 374; A. Blanco, "Un jinete ibérico de Cástulo", *Lucentum II*, (Alicante, 1983), pp. 199-202.

² J.M. Blázquez, J. Remesal, *op. cit.*, p. 353.

Las grecas pertenecen al tipo de mosaicos conocido como *pebble mosaic*. Componen dibujos geométricos sencillos, que en la época que estamos tratando buscan su inspiración en las cenefas que rodean los dibujos de la cerámica griega, dato ya señalado al estudiar las anteriores campañas³, y que ahora reiteramos.

Este género musivario tiene una antigua raigambre en la zona de Cástulo, donde en el cercano asentamiento de "La Muela"⁴, ya en la segunda fase de ocupación encontramos un [-278→279-] pavimento de guijarros, magníficamente fabricado, y aunque no presenta dibujo se puede hablar de él como de un auténtico mosaico, por la cuidada disposición de los cantos, organizados en círculos que se cortan entre sí. En las últimas fases constructivas esta técnica se emplea con mayor profusión, podemos contemplar en el umbral de acceso al patio del santuario un fragmento con decoración de ángulos formados por cantos de color negro azulado y rellenos de otros de color blanquecino, el que puede relacionarse perfectamente con el gran mosaico por cuadros blancos y negros de 0,42 a 0,44 m. de lado⁵, que realzaría el patio anejo a las dependencias. Dicha relación se plantea en base a que entre ambos aparecieron guijarros de los dos colores, lo cual parece estar indicando que se trata de los testigos de un mismo mosaico. Si esto es así la superficie del mismo sería de unos 100 m².

La problemática y dispersión de este tipo de pavimento está expuesta ampliamente en el volumen V del Corpus de Cástulo (en imprenta), ahora bien, creemos oportuno mencionar que la idea de los mosaicos de guijarros y sus composiciones debió llegar a Hispania portada por los mercaderes fenicios o en última instancia por los griegos, pues es difícil pensar en una evolución autóctona a partir de los pavimentos de guijarros del Bronce III. En cambio, ya arraigados, si creemos en una transformación propia de la funcionalidad: el paso del santuario al monumento funerario y a la pequeña tumba, lo cual no implica que pierda el carácter sacro de épocas anteriores, sino que precisamente por el mismo se emplea en las necrópolis. La cenefa de guijarros rodeando el cadáver incinerado parece un fenómeno exclusivo de la Península. Su sentido debe estar relacionado con delimitar la tumba como área sacra, tal ocurriría en el túmulo de "Los Higueros" o en los enterramientos más modestos de "Baños de la Muela" y "Estacar de Robarinas"⁶.

En el espacio excavado ahora han aparecido numerosas cenefas, unas asociadas a los huesos calcinados, otras a las ofrendas, en este caso suelen reducirse a una corta banda, o bien una mucho más extensa en ángulo, a la que ya aludimos, que definiría el lugar para realizar las ofrendas dedicadas al difunto, entre las que se cuenta el sacrificio de animales (bóvidos, équidos y aves). Componen las grecas diseños muy sencillos, algunas no tienen ni siquiera definición de dibujo. En la mayoría de los casos se colocan los cantos por su cara lateral en filas de tres. Unas veces la sucesión es continua, otras se corta a trechos por un guijarro de mayor longitud dispuesto perpen-

³ *Ibid.*, p. 347.

⁴ J.M. Blázquez, J. Valiente, *Cástulo III, Excavaciones Arqueológicas en España* 117 (Madrid, 1981). El tema referente al santuario de la Muela, y las influencias a que estuvo sometido su proceso constructivo se amplían en J.M. Blázquez, M.P. García-Gelabert y F. López Pardo. *Cástulo V* (en prensa).

⁵ J.M. Blázquez, J. Valiente, *op. cit.*, pp. 20 ss.

⁶ J.R. Sánchez Meseguer, "Los Higueros", en *Cástulo II, op. cit.*, p. 416 y fig. 180; J.M. Blázquez, *Cástulo I, Acta Archaeologica Hispanica*, 8 (Madrid, 1975); J.M. Blázquez, J. Remesal, *op. cit.*, pp. 347 ss.

dicularmente al resto. La cenefa más destacada en el conjunto funerario exhumado es aquella en que [-279→280-] aparece un diseño a base de una sucesión continua de triángulos, alternando los formados por guijarrillos de color negro con los de color blanco; termina en dos volutas constituidas por dos bandas exteriores blancas y la central negra, muy semejantes a las que aparecen en los diferentes vasos áticos utilizados en la necrópolis (Fig. 4).

Los ajuares son muy variados y su composición parece corresponderse con las distintas estructuras, de manera que en aquellas las tumbas descritas más arriba, rodeadas de un encachado circular o cuadrangular, al parecer atribuibles a guerreros, se encuentran en ajuares, quemados e inutilizados durante el ritual funerario, consistentes en variado armamento y objetos de ornato, que ostentan diseños geométricos y esquematización de motivos vegetales realizados a base de damasquinado con plata que nos recuerdan ablates meseteños; así como urnas o pequeños vasos pintados, pero es de destacar la ausencia notable de vasos griegos. En cambio la presencia de éstos en los restantes enterramientos es muy importante, se hallan *krateres*, *kylikes*, *skyphos*, *kantharos*, etc., de figuras rojas o de barniz negro. Generalmente suele haber en cada ámbito sepulcral dos o tres copas. Como ejemplo, en un área cerrada por un muro de piedra mediana, perteneciente posiblemente a un grupo familiar, en el que se recuperaron cuatro enterramientos, junto a una pequeña cenefa de 0,50 m. de largo habían sido depositados tres *kylikes* de figuras rojas, datados en la 1.^a mitad del siglo IV a.C.⁷. Así mismo, asociado a un *ustrinum* o depósito de ofrendas, aún no está claramente definida su función, se documentaron dos *kylikes*, una *kratera* y fragmentos de una vasija precampaniense (*Lamboglia* 21) (Fig. 5, 6 y 7). En el resto de la extensión excavada se han encontrado numerosos fragmentos atribuibles a un número no determinado de vasos áticos, en proceso de estudio actualmente.

En general, la mayoría de la cerámica griega de Robarinas corresponde a la primera mitad del siglo IV a.C. o finales del V a.C., excepción hecha de unos fragmentos de pared y borde de *kylis*, que se pueden incluir dentro del horizonte tipológico de Ampurias, fechables en la 2.^a mitad del siglo V a.C.⁸, lo cual puede estar representando el horizonte cultural más antiguo de la necrópolis, y documenta la llegada a Cástulo en estas fechas de una primera penetración de productos áticos.

La presencia de géneros griegos es esporádica en un principio en Cástulo, pero a partir de finales del siglo V a.C. y principios del siglo IV a.C. experimenta un gran auge, y desde este momento las cerámicas áticas se convierten en uno de los principales productos de carácter suntuario. [-280→281-]

La influencia colonial griega parece proyectarse hacia Cástulo desde la costa levantina, siendo los transmisores mercaderes púnicos, aunque no se debe descartar que fueran los propios atenienses los que en el período que nos ocupa realizaran el intercambio de sus mercancías por los ricos minerales castulonenses, en la línea de esta investigación, en tratar de encontrar indicios de una presencia efectiva griega en Cástulo, se trabaja actualmente. [-281→282-]

⁷ R. Olmos, "Cerámica ática de Cástulo" Ms.

⁸ R. Olmos, comunicación personal.

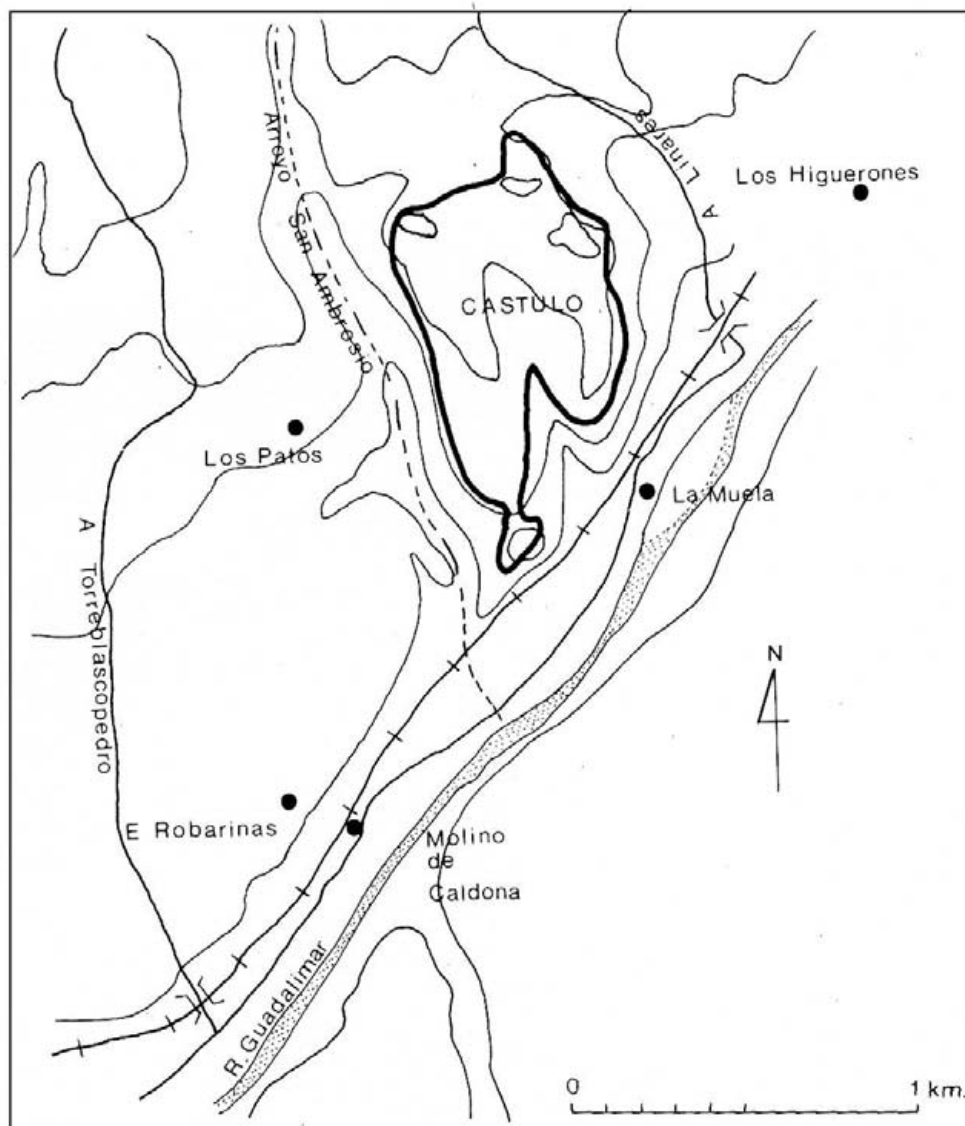


Fig. 1.- Necrópolis extramuros de Castulo y santuario de La Muela

[-282→283-]

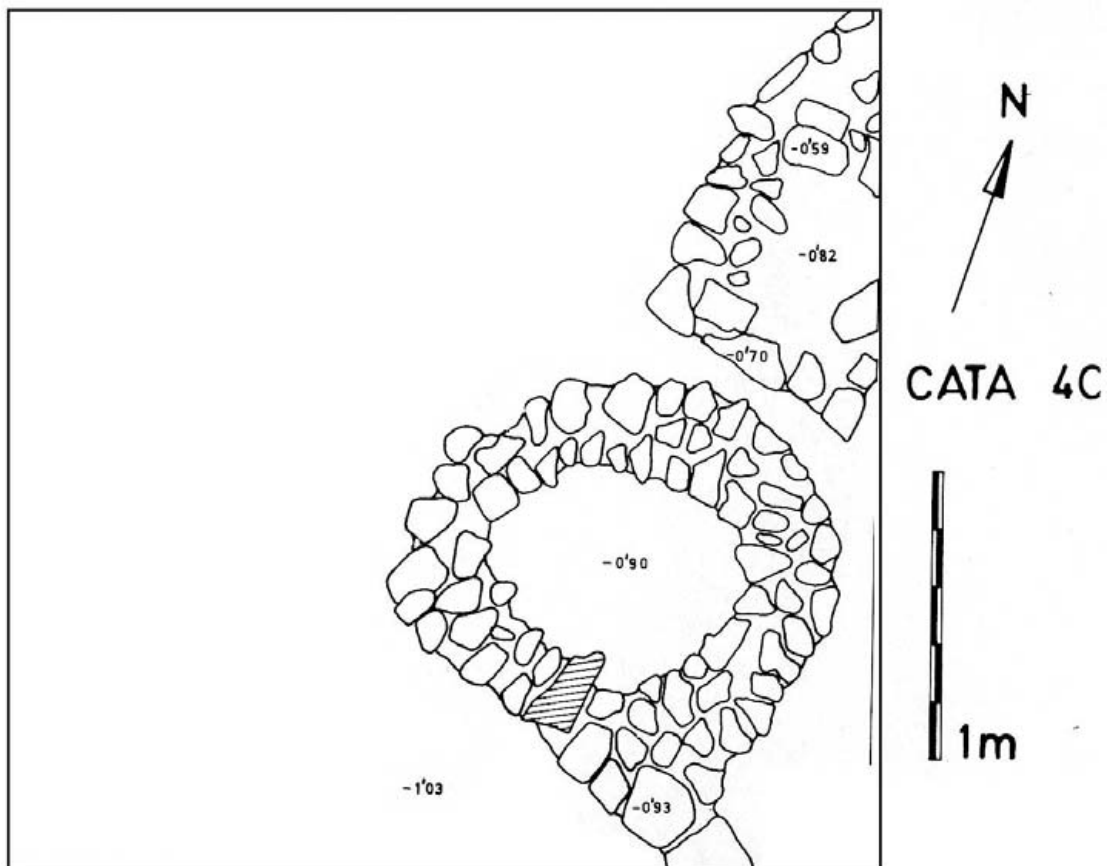


Fig. 2.- Tumba de la cata 4C.

[-283→284-]

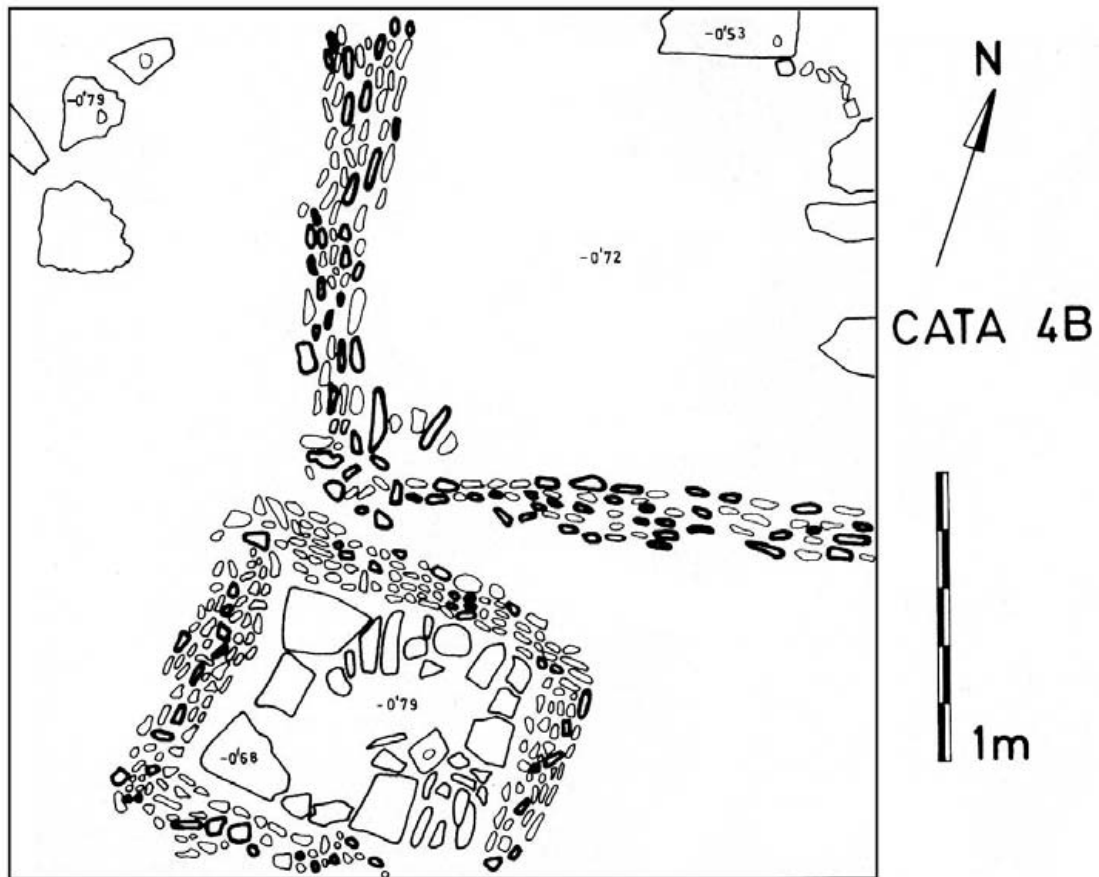


Fig. 3.- Tumba delimitada por una cenefa cuadrada de guijarros. A ella se asocia otra cenefa en ángulo.

[-284→285-]

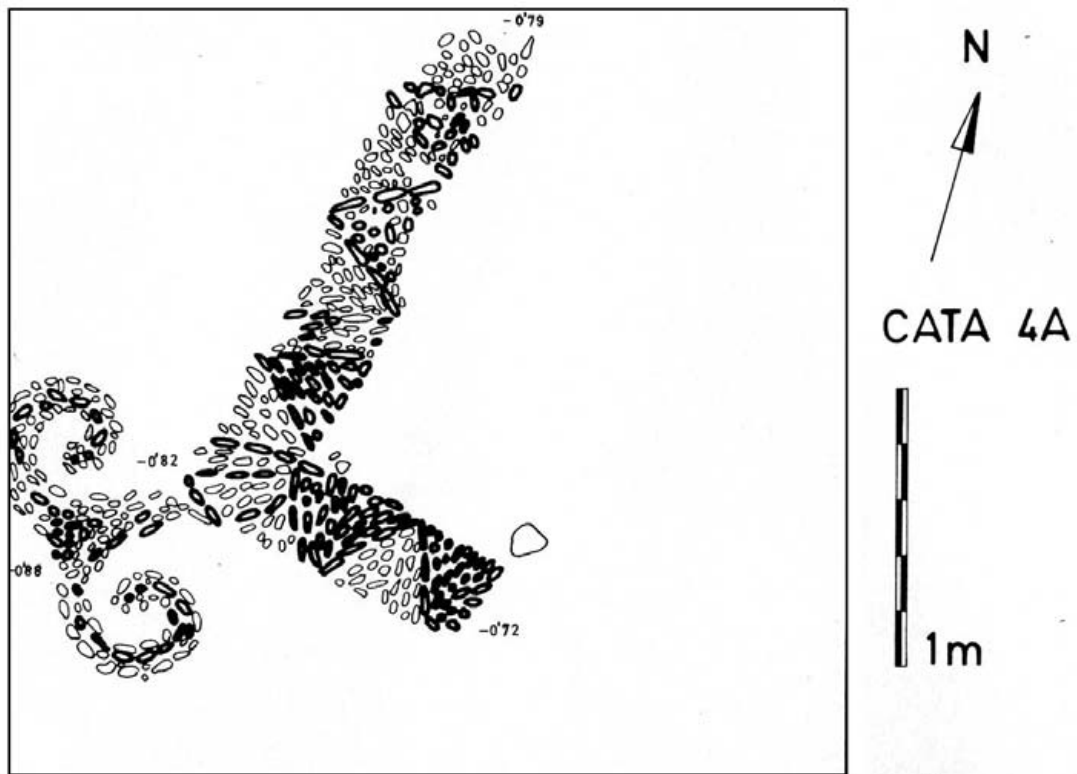


Fig. 4.- Cenefa de guijarros de la cata 4A.

[-285→286-]

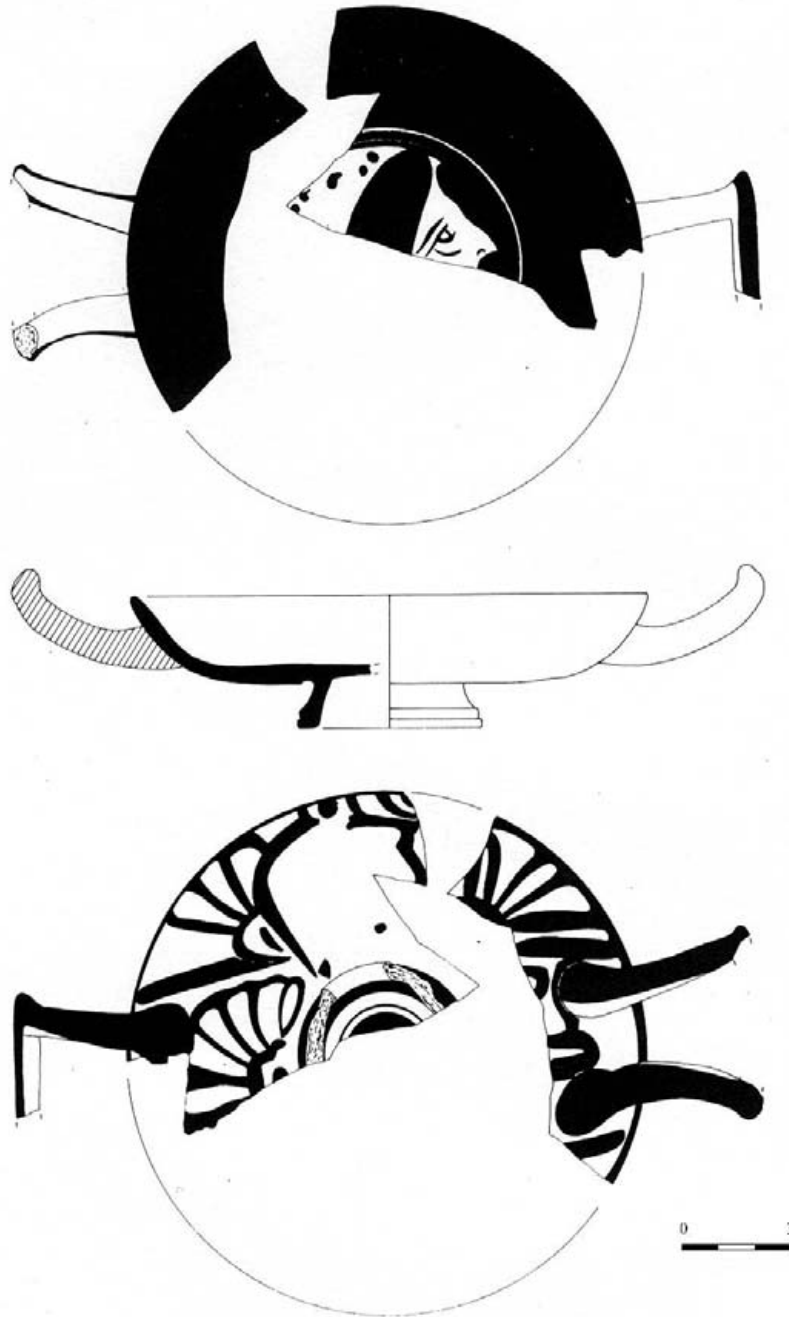


Fig. 5.- Ofrenda de un *ustrinum* o depósito.

[-286→287-]

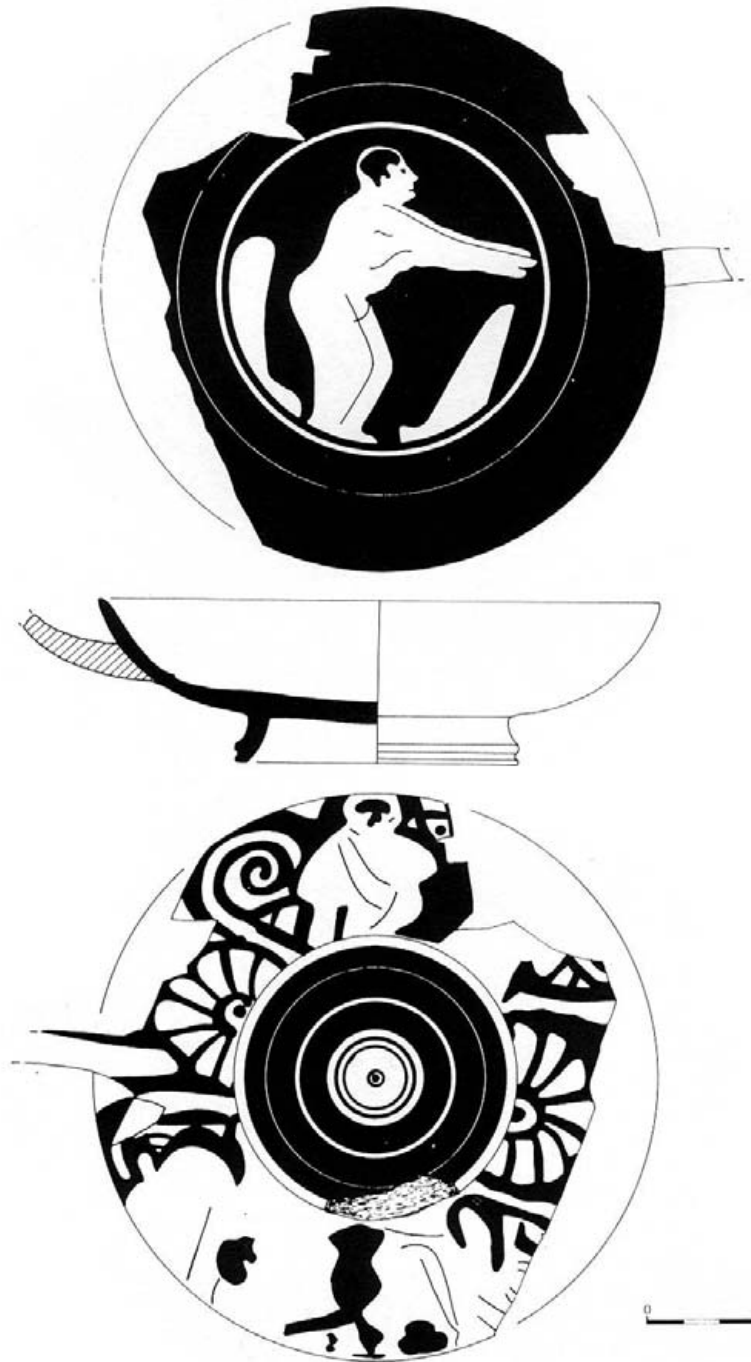


Fig. 6.- Ofrenda de un *ustrinum* o depósito.

[-287→288-]

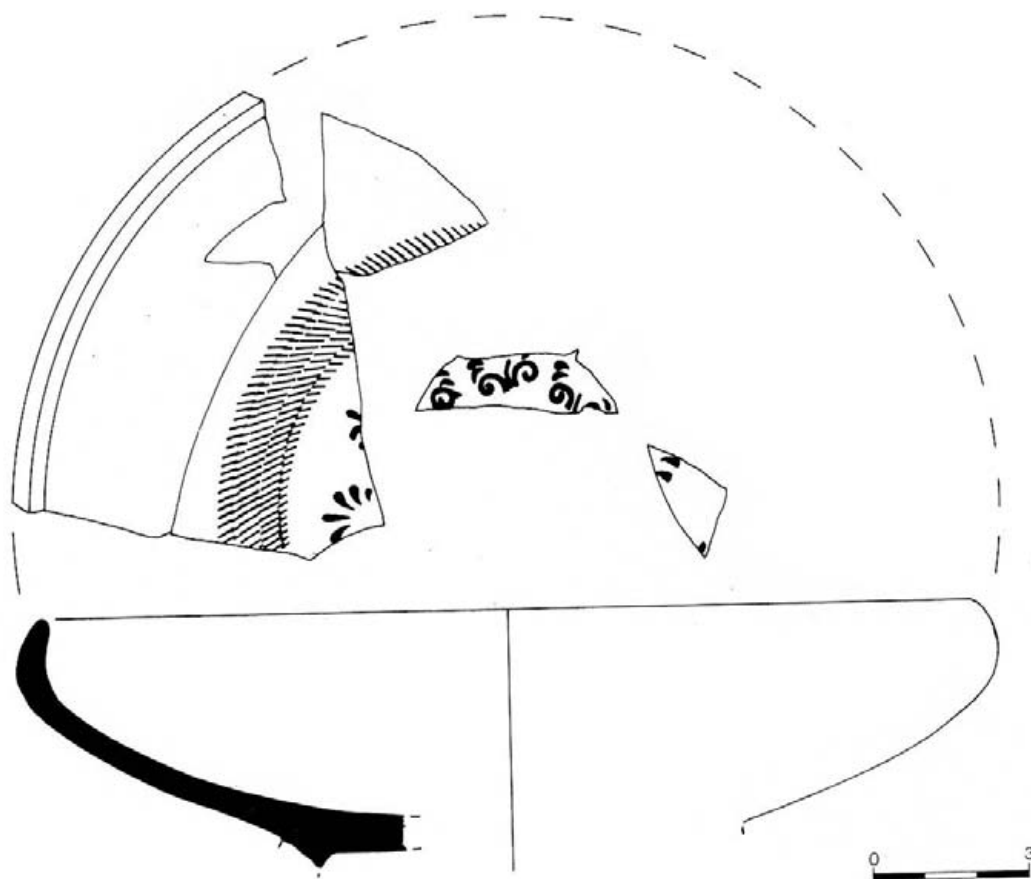


Fig. 7.- Ofrenda de un *ustrinum* o depósito.

[-288→289-]